



Me quedé con la página de una Valentina Luján que no era la que yo había conocido, la persona a quién me habría gustado rendir homenaje dedicándosela, pero no me molesté en saber adónde me hubiese llevado la manecita cuando colocaba el puntero sobre la bienvenida color rosa y, de no ser porque ya dije que me llamó la atención la trova — esto lo estoy escribiendo después y porque me he despistado, pero no importa, no es interesante y se lo puede usted saltar si quiere —, la página hubiera seguido ahí, muerta de risa, no sé hasta cuándo.



Pero un día, parado frente a la pantalla en esta — “contenidos”, es decir “nada de nada” porque esta sí que estaba vacía o, bueno, sí ponía que la página está en construcción, pero sin nada dentro — pulsé, porque total por qué no, en la que lleva por título “¡Ay, qué vida”! y ahí volví a encontrar (quien inventó la página no se calentó mucho la cabeza) “página en construcción” pero, esta vez sí, con manecita.

Y fui, allí, donde ella me llevaba.

Para mi sorpresa, o más exactamente “mi decepción”, allí estaba de nuevo como en esas muñecas rusas que van una dentro de otra la indicación ya consabida de “página en construcción” aunque en esta ocasión la leyenda que da las explicaciones de estamos trabajando, disculpe las molestias y esas cosas sí remitía a otra parte.

Y pulsé, con una cierta aprensión; y di un suspiro de alivio cuando me encontré con un escueto:

[Clic aquí](#)

Que me remitió — no a algún sitio sorprendente ni exótico, pero llevar a alguna parte ya era algo — a una epígrafe que aunque en la barra de direcciones figuraba como “en preparación” abajo, lo que pudiéramos denominar *sobre el papel* y fechado jueves, julio 08, 2010, se transformaba en una esperanzadora caja de zapatos que si no me enviaba a una página exacta a aquella con el concierto de Aranjuez de fondo por la que empecé a moverme buscando el origen de la trova, sí tenía un cierto aire “aire de familia” con el costurero y, engolosinado por seguirle la pista, me quedé.

Pero como no sabía por dónde empezar me resolví, al cabo de un rato, a empezar por arriba y, lo primero, lo que figuraba en el primer renglón era “[un cromó repetido](#)”.

Y allí fui.

Me quedé con la página de una Valentina Luján que no era la que yo había conocido, la persona a quién me habría gustado rendir homenaje dedicándosela, pero no me molesté en saber adónde me hubiese llevado la manecita cuando colocaba el puntero sobre la bienvenida color rosa y, de no ser porque ya dije que me llamó la atención la trova — esto lo estoy escribiendo después y porque me he despistado, pero no importa, no es interesante y se lo puede usted saltar si quiere —, la página hubiera seguido ahí, muerta de risa, no sé hasta cuándo.

Pero fui para desesperarme más de lo que ya estaba porque si es cierto que la imagen era idéntica — y ello estaría dando sentido al epígrafe “un cromó repetido” — y es cierto también que para entonces ya contaba yo con que tras una sucesión de Ernestinas en diferentes mundos y una carta seguida de una nota manuscrita en la que podía leerse la advertencia de que la serie se interrumpía, no lo es menos que con lo que no contaba era con que las Ernestinas desapareciesen como por arte de magia ni con que ([como puede verse](#)) la nota en letra más pequeña en la que se mencionaban no sé qué sesenta y siete archivos tampoco estaba.

Me resultó sí alentador sin embargo que el enlace sobre las líneas manuscritas no se perdiera, como me había ocurrido anteriormente; pero el panorama volvió a ser desolador cuando al colocar ahí el puntero y hacer clic lo que encontré fue tan sólo un dibujo, una figura geométrica en forma de rosetón.

Así que fui retrocediendo, arriba, en la barra, hasta llegar de nuevo aquí y, desde el “clic aquí” de más arriba, otra vez a la caja de zapatos que, como todas las cajas de este mundo que fueron de zapatos algún día, contenía la siempre previsible y siempre sorprendente variedad de objetos que se almacenan, unos, en la idea — también errónea siempre — de que desprenderse de ellos puede ser una imprudencia y, otros, por motivos puramente sentimentales ya que suelen ir ligados a alguna época de nuestra vida, o a alguna persona, o a algún acontecimiento puntual y puede que hasta insignificante pero que, en su momento, no lo fue tanto y, ahora, este momento en que lo estamos mirando o sujetando entre los dedos preguntándonos “¿qué estaba yo buscando?”, pone, sin intención, desde su cosidad¹ inanimada (¿o desalmada?), las cosas en su sitio algunas veces para, en otras y como queriendo compensar la intempestiva puesta en evidencia de que el recuerdo ya no duele, prodigarse en pormenores minuciosos y evocar con precisión un olor, o un sabor, o un silencio, o una

¹ ¿Coseidad?

Me quedé con la página de una Valentina Luján que no era la que yo había conocido, la persona a quién me habría gustado rendir homenaje dedicándosela, pero no me molesté en saber adónde me hubiese llevado la manecita cuando colocaba el puntero sobre la bienvenida color rosa y, de no ser porque ya dije que me llamó la atención la trova — esto lo estoy escribiendo después y porque me he despistado, pero no importa, no es interesante y se lo puede usted saltar si quiere —, la página hubiera seguido ahí, muerta de risa, no sé hasta cuándo.

risa , o la forma en que exactamente se curvaron los labios de alguien que nos miró con un desprecio que...

– ¿Y eso por qué?

Pero qué puede saber el objeto que vaya a desvelar más de lo que nos muestra.

Y con este argumento y en la tranquilidad de que como la caja no era mía no corría ningún riesgo, coloqué el puntero en el cromo repetido — que esta vez no me detuve a contemplar porque ya lo había visto, y el dibujo geométrico también — y fui descendiendo, sin prisa ni emoción, hasta llegar a...; bueno, a esto:



Esto es, a la vista está, algo tan tonto como pueda serlo (sin duda, porque sin duda lo es) un rollo de papel de lija — no idéntico, claro, el mío era de otra ferretería — que compré con intención de deslizarlo por debajo de la puerta del baño, que siempre se atascaba, y lijarla un poco; pero, de esas cosas que se van dejando y “a ver si mañana”, trascurridos meses o años yo seguía empujando con el hombro cada vez que quería abrirla o cerrarla y, ¿mi rollo de lija, dónde iría a parar?

Y sólo porque la puerta del cuarto de baño se atascaba reparé en un rollo de papel de lija que no es que fuera ya a estas alturas a servirme, ni aunque hubiera sido el mío. Y no sé si por redimir mi culpa — pobre rollo, pensé, tan nuevecito y “yo — es decir él — por qué no tengo que haber cumplido mi misión” — o por, sencillamente, darle una utilidad y no desperdiciarlo del todo, el caso es en resumidas cuentas que hice clic.

Abajo

Me quedé con la página de una Valentina Luján que no era la que yo había conocido, la persona a quién me habría gustado rendir homenaje dedicándosela, pero no me molesté en saber adónde me hubiese llevado la manecita cuando colocaba el puntero sobre la bienvenida color rosa y, de no ser porque ya dije que me llamó la atención la trova — esto lo estoy escribiendo después y porque me he despistado, pero no importa, no es interesante y se lo puede usted saltar si quiere —, la página hubiera seguido ahí, muerta de risa, no sé hasta cuándo.

Aquí



Clic que me envió, como ya me había ocurrido en tantas **ocasiones** con tantos otros clics, a un texto que no era posible el saber de dónde arrancaba pero que, **en esta**, se prolongaba a lo largo de varias series de enlaces que a su vez se bifurcaban en dos, o en tres, o en cuatro o en los que fuese que volvían a su vez a bifurcarse como las ramas de un árbol llegando, también como las ramas, a hacerse muy delgadas o muy cortas o demasiado tiernas, jóvenes que (imaginé) no habían alcanzado la madurez necesaria para ser madres o, como sucedió con por ejemplo [se mostraría reticente a tal eventualidad](#), engendraron hijos que (volví a imaginar) no prosperaron.

Y como el hijo no prosperó y el enlace falló retrocedí, a la madre, y pulsé en el enlace siguiente (“dejar las cosas como estaban”), y funcionó...

Funcionó pero me di cuenta entonces, al levantar la vista y fijarme en la barra de direcciones, de que la página que aparecía allí había dejado de ser la mía, mi valentina-lujan.es, para transformarse misteriosamente en valentalujan.es.

¿Cuántas veces habría sucedido lo mismo sin que me diese cuenta?

¿Cuántas veces desde aquel día de los quebraderos de cabeza que había subrayado en rojo para con ello recordar que mejor olvidarlos que enumerarlos me habría interesado tontamente por una página que no era la mía?

¿Cuántas veces habría pasado de largo y sin prestar la menor atención por no estar siendo lo que en un determinado momento buscaba, sin detenerme a leerlo y guiándome tan sólo por una primera ojeada, por el archivo que estaría siendo el hilo del ovillo que me llevase a aquellos otros quebraderos

Me quedé con la página de una Valentina Luján que no era la que yo había conocido, la persona a quien me habría gustado rendir homenaje dedicándosela, pero no me molesté en saber adónde me hubiese llevado la manecita cuando colocaba el puntero sobre la bienvenida color rosa y, de no ser porque ya dije que me llamó la atención la trova — esto lo estoy escribiendo después y porque me he despistado, pero no importa, no es interesante y se lo puede usted saltar si quiere —, la página hubiera seguido ahí, muerta de risa, no sé hasta cuándo.

que no eran los míos pero me hubiera gustado, entonces, saber de dónde venían y de quién eran?

Y quise saberlo. Quise saber cuántas veces había pasado de largo por archivos en los que pudiera estar habiendo cosas que me hubiera gustado saber aunque entre ellas encontrara otras que quizás no hubiese querido saber nunca, y retrocedí para desde el principio ir rastreando, y tuve suerte (es decir no la tuve) porque ya nada más y apenas empezar me encontré con que en el archivo 701 A (al que se salta desde el letrero color rosa de la página de inicio), ahí, otra vez sobre el letrero rosa idéntico al anterior y en el primer sitio donde se puede pinchar, ya te encuentras con que en la barra de direcciones figura la otra, la Valentina sin guión y con los globos que, esa sí, coloca sobre sus páginas en gris la que sí lleva guión.

Ver aquí:



Porque empecé así de enfática y de hospitalaria y dando besos y abrazos a todo el mundo y ex loro muy cordial y muy festivo tan coqueta de tener mi propia página y pensando que qué alegría y que todo iba a ser estupendo y una experiencia maravillosa que cambiará mi vida.

Pero cuando me he encontrado con gente tan desagradable y extremada como mucha de la que traía por donde nadie le manda haciendo masajes y capirotes a su atajo me he decepcionado bastante.

Porque esta nota no la puse al principio, así que quien haya visitado la página habrá, una vez leída mi calorosa bienvenida, pasado directamente al apartado "contenidos" y, ahí, encontrado el aviso característico que suelo encontrar en las páginas en construcción informando de que la página está en construcción y rogando al visitante que perdone las molestias y que vuelva más tarde.

Clic para ampliar



(ejemplo)